



HACER EL BIEN NO CUESTA NADA

ES muy sencillo. Usted se acerca al caballero y con aire desdado le confiesa que lamenta tener que comunicarle la mala noticia. No se lo diga de improviso. Advírtale que ella ni se dio cuenta, que murió instantáneamente y que en la cuneta donde se abrió la cabeza por el golpe que le dio el coche tenía una expresión de gran dulzura, como si la muerte le hubiese proporcionado una gran felicidad. Indique después al caballero, que habrá mudado de color y tendrá un ligero temblor en las manos, la calle y la esquina exacta donde su esposa ha sufrido el accidente.

La primera parte está cumplida. Siga al caballero que correrá —volará casi— hacia la esquina donde cree que yace su esposa muerta. Vigile todos sus movimientos. Verá como cuando se vea solo, su ritmo, aunque rápido,

se hará ligero, alegre casi. Le habrá desaparecido el temblor de las manos y una sonrisa de felicidad, apenas perceptible, se dibujará en su rostro.

Observe bien su expresión cuando el caballero compruebe que no está el cadáver de su esposa y cuando la sorpresa de los paseantes, a los que se dirija para saber del accidente, le convenzan de que ha sido burlado por un bromista.

Su rostro se pondrá terso de nuevo, desaparecerá la alegría de sus ojos y otra vez marchará con aire cansado hacia donde se dirigía cuando usted le detuvo para contarle el falso accidente.

No sienta piedad de él, porque la felicidad que ha sentido el caballero entre el momento en que usted le contó el embuste y el que se dio cuenta del engaño vale un millón, como dicen en Arkansas.
■ EQUIS Y ZETA.

